

correspondencia secreta con el secretario de Estado, se quejó en términos comedidos, pero no menguó su amistoso trato.

Exquisita delicadeza demostró Benedicto cuando su secretario de Estado Valenti cayó enfermo. En consideración a su compañero de fatigas, que no quería abandonar su puesto, no le nombró sucesor, y a pesar de su avanzada edad no se arredró de tomar sobre sí durante dos años el despacho de todos los negocios de importancia. Él, que desde su más temprana juventud estaba avelado a intensísimo trabajo, no desdeñaba entregarse con afán a la solución de arduos asuntos y al estudio de extensos legajos durante la temporada de sus vacaciones en Castel Gandolfo (1). A los buenos consejos mostróse Benedicto siempre tan sensible como a las justas censuras; y las acusaciones infundadas le impresionaban tan poco como los exagerados elogios. Refiriéndose a la poesía de Walpole decía que él era como las estatuas que adornan la fachada de San Pedro, las cuales sólo producen buen efecto cuando son vistas desde lejos (2). Esta modestia se basaba en una sincera humildad que le hacía indulgente y apacible en soportar personas y situaciones. En las disputas teológicas distinguía con agudeza y precisión entre el dogma y las opiniones de escuela (3).

Si grande fué la libertad que quería ver respetada en el campo científico, no fué menor el celo con que vigilaba por la pureza de la doctrina. Por nada de este mundo quería renunciar a lo más mínimo que pudiera trascender a las verdades de la fe o a los derechos de la Santa Sede. Constantemente tenía ante los ojos que tarde o temprano tendría que dar cuenta exacta al Juez Eterno de las obligaciones que su alta misión le imponía (4). Hasta qué punto consideró, ya desde el principio, su elevado cargo como pesada y difícil carga y cuán penetrado estaba de la responsabilidad, lo demuestra una carta escrita poco después de su entronización al obispo de Espoleto: «Ya no me reconozco, dice, tan abrumado estoy con las ocupaciones y con la etiqueta; me hallo como encadenado por las muchas visitas, me asfixian con elogios, irremisiblemente he de remar contra la corriente

(1) Dudon, loco cit., 340 ss. Cf. anteriormente, págs. 45 y 238.

(2) Kraus, Cartas, 128.

(3) Cf. anteriormente, págs. 310 y 313 ss.

(4) Cf. Dudon, loco cit., 339.

de engaños que tengo que aceptar como si fueran verdad, he de defenderme del humo del orgullo que me quieren infiltrar y contra las molestias de todo género que son gajes del papado. Pedid a Dios que tenga en cuenta el Poder que padezco. Me ocurre con frecuencia que he de volver a empezar una carta dos y hasta tres veces; y a esto llama el mundo honor y esto es lo que el mismo considera como la cúspide de la felicidad. Por lo que a mí se refiere, estoy dispuesto a aseverar que en mi libre y elevada posición no encuentro más que causas de temor para este mundo y para la eternidad» (1). En una carta al cardenal Quirini dice Benedicto: «Tendremos que dar cuenta no de nuestra ciencia, sino, y por cierto muy rigurosa, de aquello que hemos practicado por la salud de las almas» (2).

Es evidente que un hombre de este temple había de repudiar todo abandono en los derechos de la Iglesia. A fuer de profundo canonista y teólogo podía distinguir muy bien entre derechos esenciales y accidentales, entre aquello que en todo momento ha de ser conservado y mantenido incólume y aquello a lo cual sin perjuicio se puede renunciar total o, aun más, parcialmente, si con ello se evitan mayores males.

Sumamente benévolo, era por naturaleza inclinado a la mansedumbre y a la mediación. Bastaba que redundara en beneficio de la Iglesia para que en cuestiones, que en nada rozaran con el dogma, se alargase en la condescendencia cuanto posible fuera. En las circunstancias más difíciles procuró, en bien de los católicos, conservar amigables relaciones con la gran potencia protestante, Prusia, desde no hacía mucho tan pujante, concediendo, por ejemplo, el título de rey a Federico que le habían negado los pontífices anteriores. Como en este caso supo adaptarse a la nueva época, así también en el espinoso asunto de los matrimonios mixtos, en la disminución de los días festivos y en sus benignas y circunspectas disposiciones respecto del Índice (3).

Aun cuando en todo esto tuvo en consideración las exigencias de la época, sin embargo se adhirió a la ideología y princi-

(1) Caracciolo, 47.

(2) Iddio non cercherà nè da Noi nè da Lei conto delle questioni erudite, cercherà bensì conto strettissimo della salute delle anime. Carta del mes de junio de 1745, en Fresco, Lettere, XVIII, 282.

(3) Cf. anteriormente, págs. 258, 279 y 308.

pios de tipo medieval mucho más de lo que se pudiera creer a juzgar por los elogios que los espíritus fuertes de la época tributaron a su tolerancia. Precisamente la correspondencia epistolar con Tencin proporciona, respecto al particular, un caso muy digno de atención. Benedicto XIV desapruueba en ella, ciertamente, la precipitada y violenta conversión de los hugonotes, pero califica la revocación del Edicto de Nantes, realizada por Luis XIV, como el hecho más glorioso del mencionado rey e invoca el auxilio del brazo secular contra aquellos que tornen a la herejía (1).

Una acusación capital lanzada contra Benedicto XIV desde el campo católico se puede concretar en estos términos: con motivo de los concordatos con Saboya, Nápoles y España sacrificó en demasía los derechos de la Iglesia en aras del Estado. Tales transacciones fueron calculadas sólo para el momento y no allanaron de manera duradera las discordias que amenazaban (2). En este particular cabe diversidad de opinión; mas para formar un juicio adecuado es preciso ante todo considerar la situación política mundial. Incluso los gobiernos católicos eran víctimas del espíritu de absolutismo y estaban infiltrados de un iluminismo anticristiano. Las circunstancias se habían plasmado de suerte que eran necesarias la mayor prudencia y precaución para no ocasionar a la Iglesia irreparables perjuicios apelando al rigor y a la intransigencia, dado el espíritu imperante del siglo. Por esta causa se inclinó el Papa a la condescendencia, aun cuando ya echaba de ver en 1743 que no era correspondida su generosidad (3).

Era indudablemente una situación forzada en la que se hallaba el Papa. En su manía de reformarlo todo, alargaba ya la mano el despotismo a su enemigo mortal el espíritu revolucionario, que despertaba, para ir mancomunados contra la única fuerza todavía independiente, la Iglesia. «Adonde quiera que el Papa dirigía su mirada, en ninguna parte se le ofrecían perspectivas de apoyo a sus esfuerzos, por doquier veía sólo enemigos que intentaban entrecruzarse en sus planes.» ¿Debía, pues, Benedicto XIV, en

(1) Benedicto XIV a Luis XV el 24 de febrero de 1756, en Heeckeren, II, 554 (cf. 155-493); Da Lanzac de Laborie en el Correspondant, CCXLIX (1912), 684 ss. Lanzac observa acertadamente (671), que Benedicto XIV ha sufrido el destino de las personalidades populares de ser desfigurado por la leyenda.

(2) Así formula Hergenröther (loco cit.) su juicio.

(3) Heeckeren, I, 49.

tan críticos tiempos, colocarse en el rígido punto de vista del *aut-aut*, y parapetarse tras el categórico *non possumus* en cuestiones, en las cuales él, como versado y experimentado canonista, había de decir que en aras de más altos bienes, sin menoscabo del deber, podía declararse pronto a amplias concesiones? ¿O debía por el contrario exponerlo todo inconsideradamente y por rígido aferramiento a la letra de la ley provocar medio siglo antes la catástrofe que se avecinaba? (1).

La contestación a estas preguntas no puede ser dudosa. Que Benedicto sólo pudiera retardar, pero no desviar la tormenta que se aproximaba, no se le puede echar en cara en seriedad. Nadie le ha aventajado en lamentar su impotencia, como se desprende principalmente de las cartas dirigidas al canónigo Peggi. Reconocía la monstruosa enfermedad de su siglo, en el cual, como escribía a Peggi a principios de 1756, los ministros de todos los príncipes habían fijado el supremo anhelo de su felicidad en aplastar a la Iglesia y a la Santa Sede; y con acierto se ha calificado como el mayor de los pesares de su vida el no poder poner pronto remedio (2). No existía por tanto desconocimiento de la situación terriblemente seria cuando se lanzaba confiado a desviar los peligros de la Iglesia con paciente longanimidad y condescendencia en lo posible. Hoy es fácil reconocer que en esto fué víctima de un engaño; pero Benedicto, a pesar de su extraordinaria experiencia en los negocios y de su sabiduría, era puro hombre y por tanto le era imposible prever lo futuro. Con su preclaro talento italiano y propensión a solucionar los compromisos, era verdaderamente maestro en salvar las dificultades sin aprontar la solución precisa.

Si empero se equivocó en sus cálculos y cedió en demasía, al menos de sus cartas confidenciales se desprende claramente que sus intenciones fueron siempre excelentes. Si faltó, fué cierta-

(1) P. A. Kirsch en el Archiv für kath. Kirchenrecht, LXXX (1900), 314. Cf. también Merkle, loco cit. E. Masi (La vita di Fr. Albergati, Bolonia, 1878, 19 ss.), no tiene en consideración para nada la situación de la época y llega en consecuencia a formular un juicio completamente injusto; v. Fresco, Lettere, XVIII, 35, n. 2.

(2) Kraus, Cartas XIV, 119. Cf. también la carta a Bolonia, en la cual Benedicto XIV afirma que su gobierno ha coincidido con una época y en medio de unas circunstancias que es imposible que las haya habido jamás, ni más difíciles ni más escabrosas. Atti e mem. per la storia dell'Univ. di Bologna, II (1921), 99.

mente sin querer (1). Que se abusó de su buena fe al concertarse el concordato con España, lo demuestra sin género de duda la declaración que hizo al cardenal Portocarrero cuando ya se hallaba en las puertas de la eternidad (2).

Si Benedicto no tuvo la energía de un Gregorio VII o de un Inocencio III, en cambio fué no sólo uno de los más sabios, sino también uno de los Papas más egregios, el cual, por sus excelsos escritos y gran número de excelentes ordenaciones, sigue influyendo todavía benéficamente tanto en la ciencia teológica como en la vida práctica de la Iglesia católica (3).

(1) Dudon, loco cit., 339.

(2) Cf. anteriormente, pág. 526.

(3) En Italia está aún hoy día el décimocuarto Benedicto tan presente en la memoria y es tan popular, que su noble y en extremo amable papel en el famoso drama «Il cardinale Lambertini» es saludado siempre con agrado por creyentes y librepensadores. Por eso es tanto más de maravillar que hasta la fecha no haya tenido ningún biógrafo. A. Theiner no pasó de la colección de materiales que actualmente se conservan entre sus *papeles en el *Archivio secreto pontificio*. Dada la deficiente crítica que Theiner manifiesta en sus obras, no es, por cierto, de lamentar que la vida del gran Pontífice no haya ido a parar a tan ineptas manos.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos